

García Hortelano

(un diálogo)

Isaac Rosa



Entonces –y maldita la falta que hacían ya- llegaron y me preguntaron por García Hortelano.

-No fastidies, tú. Qué vas a decir tú de Hortelano, si llegaste tarde a sus libros.

-Tarde y mal.



El escritor en una azotea de la calle Princesa de Madrid (foto de Ramón Masat)

-Es verdad. Tarde y mal. Pero sobre todo tarde. Era tu asignatura pendiente del medio siglo.

-Sí. Había pasado ya por todos los autores habitualmente etiquetados como “generación del medio siglo”, “realismo social”, “realismo crítico”. Y me quedaba García Hortelano.

-Tenías que leerlo.

-Tenía que leerlo, sí, pero no llegaba. Ya sabes, cuando estudiábamos era ese nombre añadido en todos los manuales de literatura, casi siempre al final del listado de escritores del medio siglo que había que memorizar de carrerilla para el examen: “fulano, mengano, zutano...y Hortelano”. Había que leerlo.

-Pero no llegabas nunca.

-No. Durante un tiempo me disuadió la memoria de quienes lo trataron en vida.

-No te sigo.

-Lo que otros contaban de él. Por el tiempo en que lo rondé sin llegar a entrar, estaba reciente su muerte, y supongo que me empalagaba la manera en que propios y ajenos lo rememoraban. Lo habían convertido en el hombre anécdota.

-Todos se habían tomado copas con él.

-Sí, y todos habían presenciado o al menos oído de primera mano las mismas historietas. García Hortelano era unas veces el protagonista y otras veces la fuente de las más simpáticas anécdotas de aquel grupo de escritores burgueses encantados de conocerse.

-El bigote de guardia civil al bajarse del avión en Barcelona.

-Exacto. Leías memorias, artículos y entrevistas de unos y otros, asistías a sus mesas redondas, y siempre aparecía Hortelano en algún momento, pero solo para justificar el repertorio de anécdotas que tanto juego daba.

-Ya me las conozco. Botellones literarios, paseos por las ramblas hasta el puerto al amanecer, copas en el garito mítico, salones llenos de humo, jurados de premio...

-Y luego su figura. Hortelano el hombre entrañable, el amigo de sus amigos, el ciudadano feliz. Esa insistencia en recordarlo como un hombre bueno.

-Que nadie lo diría leyendo algunos de sus libros. Qué poca compasión por sus protagonistas, cuánta mala leche y sarcasmo.

-Ahí está. Toda aquella memoria bondadosa me alejaba al escritor. ¿Bebes algo?

-Algo no, mucho. Pero no solo llegaste tarde.

-También mal, es verdad. Escogí una mala puerta.

García Hortelano

(un diálogo)

-¿Mala puerta? Yo no diría eso de *Gramática parda*. Todavía me río al recordar muchas de sus páginas. Una fiesta.

-De acuerdo, pero no es la mejor vía de entrada al mundo Hortelano. No lo fue para mí al menos, al lector que era yo con veintipocos.

-Porque ibas buscando una novela que no encontraste ahí.

-¿Qué buscas?

-Hielo. No te levantes, ya me sirvo yo.

-Seguramente tienes razón. Yo buscaba al novelista social, el nombre que cerraba todas las enumeraciones de la generación del medio siglo. Literatura crítica, la miseria material y moral del franquismo.

-La berza, entonces.

-No seas cretino, chico. Es verdad que en aquel momento me interesaban más los Ferres, López Pacheco y demás, pero léetelos otra vez, o léetelos por primera vez, y luego me cuentas lo de la berza, listo.

-Pasaste de *Central eléctrica* a *Gramática parda*. Ya me imagino el susto. ¿Dónde está mi novelista social del medio siglo, que me lo han cambiado?

-Buscaba realidad pura y dura, y me encontré una novela que celebraba la irrealidad total, la fantasía, el mundo literario autosuficiente. Y no creas: me lo pasé bien con *Gramática parda*. Muy bien a ratos. Me cansó también en otros momentos. Le reconocí la brillantez y el humor, el juego literario, la ambición lingüística. Seguramente hoy la disfrutaría más que entonces.

-Pero...

-Pero ahí quedó mi trato con Hortelano. Una y no más.

-Y a seguir con la berza.

-Y dale. Lo importante es que acabé volviendo a él, tiempo después. Y por la puerta que debía haber entrado la primera vez.

-*Nuevas amistades*.

-Y *Tormenta de verano*. Las dos seguidas, ahora sí encontrando lo que buscaba. Andaba yo persiguiendo el tardofranquismo.

-Y lo encontraste.

-Vaya si lo encontré. Y ya no paré hasta llegar a *El gran momento de Mary Tribune*, su novela monumental. Y por cierto, las leí todas ellas por el mismo tiempo en que a Miguel Espinosa, tan distinto de Hortelano, pero los leí a los dos en espejo.

-La fea burguesía del final del franquismo. La mediocre burguesía que aguantó el tardofranquismo, se dejó hacer la transición y dio por buena esta democracia.



J. G. Hortelano en las Conversaciones de Formentor (Mallorca, 1960) junto a Josep M^a Castellet, Camilo José Cela, Víctor Seix, Juan Goytisolo y otros editores (foto de Casa Planas)

-Parece mentira que tú, ¡tú!, te pongas a hablar de política.

-Tienes razón. Yo recuerdo más la parte humorística, sobre todo *Mary Tribune*. El ingenio, los dobles sentidos, los diálogos brillantes. Esos burgueses ociosos y trasnochadores, siempre con una copa en la mano.

-Y un cigarrillo. Dame fuego.

-Hectólitros de alcohol. La *dolce vita* tardofranquista. Pero cuánta amargura.

-Sí. Siempre he admirado su manera sutil de reflejar la lucha de clases.

-Ya estás berzeando.

-No fastidies. Esas familias burguesas desocupadas, con fámulas y muebles bar siempre con existencias. Los vencedores de la guerra y de la paz. Sus horizontes achatados, su disfrute de una libertad que en realidad mantenía cauces estrechos. Es anticipatorio.

-Anticípame la próxima copa, que esta se me está calentando ya.

-Es anticipatorio porque si lees hoy su mirada al tardofranquismo te parece que están escritas años después, en los ochenta, y que nos están contando las raíces del tiempo actual conociéndolo ya. El deterioro moral de entonces, sobre el que se levantó la democracia, y hasta aquí hemos llegado, vía pelotazo y todo lo que ya sabes. La Transición está en las novelas de Hortelano, incluso cuando escribía antes de aquella. Anticipa el desencanto, las ilusiones perdidas.

-Estoy contigo. Se entiende mejor la democracia española, incluso la actual crisis, observando a aquellos tristes burgueses.

-Irresponsables.

-Inalterables. Apenas sacudidos por el imprevisto: un embarazo, un cadáver en la playa, una extranjera fascinante. Y al final siguen siendo los mismos.

-Irresponsables, insisto. Acomodados en el lento agonizar del franquismo, ajenos a todo conflicto. Triviales. Cínicos, lúcidamente cínicos. Inmóviles, como inmóvil era el régimen en el que vivían y del que vivían. Muy bien, por cierto.

-Protesto. Oyéndote se le quitarán a más de uno las ganas de leer a Hortelano.

-¿Y eso?

-Porque su obra es todo eso, pero sobre todo ambición estética, altura verbal, y al final también experimento y juego.

-Y humor.

-Menos mal que lo has dicho. Con pocos autores nos hemos reído tanto como con Hortelano. Algunas páginas de *Mary Tribune* las leímos a carcajadas, recuerda.

-Pero era risa amarga, no la risa liberadora ya de *Gramática Parda*. La de *Mary Tribune* es la risa que se te congela y te deja al final una mueca extraña en la cara, como un rigor mortis. Acidez de estómago. Y mucho patetismo.

-Por eso es grande. Es maestro en el uso de la ironía, siempre tan difícil. Y sus diálogos.

-Sus diálogos. No se me ocurre otro escritor español del último medio siglo que construya diálogos como los suyos. Cómo hablan sus personajes, cómo se encarnan en lo que dicen, cómo fluye la novela en ellos. Y qué manejo del registro coloquial.

-Engañosamente coloquial. Hay un trabajo de fondo tan eficaz como discreto. Pocos escritores tan rigurosos como García Hortelano. Tan comprometidos con su escritura, con los lectores.

-No como este diálogo nuestro. Damos risa y pena, como sus burgueses.

-Dame fuego, anda. Oye, ¿tú crees que hoy se lee a Hortelano?